

**ANTOLOGÍA
DE LAS
MEJORES
NOVELAS
POLICÍACAS**

TOMO XII

«Antología de las mejores novelas policíacas» en XVIII volúmenes, publicada entre los años 1958 y 1973 por la editorial ACERVO.

Índice de contenido

El perro y el caballo [Voltaire (François-Marie Arouet)]

D'Artagnan detective: El duelo (Alejandro Dumas)

El hombre del alfanje (Alejandro Dumas)

El notario de Perigueux (Henry G. Longfellow)

La carta robada (Edgar Allan Poe)

El toque de clarín [O'Henry (William Sidney Porter)]

Jimmy Valentine [O'Henry (William Sidney Porter)]

El robo del elefante blanco (Mark Twain)

El maestro del misterio (Jack London)

Boomerang (André-Paul Duchateau)

La esposa del jugador de póquer (Cornell Woolrich)

Doble enigma (Inglis Carter)

Humo en el corazón (Antonino González Morales)

Bonifacio, el tímido (Luis Arrizabalaga)

Su único testigo (Luis Arrizabalaga)

El amigo Charbonier (Francisco Cortés Rubio)

Un muerto en la carretera (Joaquín Ruiz Catarineu)

Era una presencia muerta (Noel Clarasó)

Víctima seis (Pedro Sangro Gsell)

El rapto de la niña Gálvez (León-Ignacio)

Notas

EL PERRO Y EL CABALLO

Voltaire (François-Marie Arouet)

AZadig le fue dado comprobar que el primer mes de matrimonio es, como está escrito en el Zenda, la luna de miel y el segundo la de hiel. Pronto se vio obligado a repudiar a Azora, cuyo trato era muy difícil, y buscó refugio en el estudio de la naturaleza. «Nadie puede ser más feliz —decía— que el filósofo que lee en ese gran libro colocado por Dios ante nuestros ojos. Es dueño absoluto de las verdades que descubre. Alimenta y eleva el alma, vive tranquilo, nada teme de los hombres, y su extremosa mujer no viene a cortarle la nariz».

Conquistado por estas ideas, se retiró a una casa de campo de las márgenes del Eufrates. Allí no se preocupaba él de calcular cuántas pulgadas de agua corrían por segundo bajo los arcos de un puente, o si caía un metro cúbico de lluvia más en el mes del ratón que en el del carnero. No intentaba fabricar seda con telarañas, o porcelanas con cascos de botellas, sino que se dedicó especialmente al estudio de los animales y de las plantas, adquiriendo pronto una agudeza que le descubriría mil diferencias donde los otros no advertían más que uniformidad.

Ahora bien: cierto día en que se paseaba por las proximidades de un bosque, se le acercó corriendo un eunuco de la reina, seguido de algunos oficiales que demostraban una gran inquietud e iban de un lado a otro, como hom-

bres desorientados que hubieran perdido lo más precioso de este mundo.

—Joven —le dijo el primer eunuco—, ¿no has visto al perro de la reina?

—Es una perra y no un perro —respondió Zadig, sencillamente.

—Tienes razón —dijo el primer eunuco.

—Es una perra, y precisamente muy pequeña —añadió Zadig—, hace poco que ha parido, renquea de la pata delantera izquierda y tiene las orejas muy largas.

—¿La viste, pues? —continuó preguntando el eunuco, sin aliento.

—No —respondió Zadig—, no la he visto en mi vida, ni nunca supe si la reina tenía o no una perra.

Al mismo tiempo, por un extraño capricho del azar, escapó de manos de uno de los palafreneros el más bello ejemplar de las caballerizas del rey, extraviándose en los campos de Babilonia. El montero mayor y todos los demás oficiales lo buscaban con la misma inquietud con que el primer eunuco buscaba la perra. El montero mayor se acercó a Zadig y le preguntó si había visto por casualidad el caballo del rey.

—Es el caballo de mejor galope —respondió Zadig—, mide cinco pies de altura y sus cascos son pequeños. Su cola mide tres pies y medio de largo, el freno es de oro de veintitrés quilates y sus herraduras son de plata de veinte denarios.

—¿Qué dirección tomó? ¿Dónde está? —preguntó el montero mayor.

—No lo he visto —replicó Zadig—, ni nunca oí hablar de él.

El montero mayor y el primer eunuco no dudaron ya de que Zadig había robado el caballo del rey y la perra de la reina, razón por la cual le llevaron a presencia de la asamblea general del gran *desterham*, que le condenó al *knout* y a pasar el resto de su vida en Siberia. Apenas emitido el

fallo, fueron encontrados el caballo y la perra, viéndose los jueces en la penosa obligación de cambiar la sentencia, pero condenaron a Zadig a abonar cuatrocientas onzas de oro, por afirmar no haber visto lo que sin duda sí había visto. Primero le obligaron a pagar la multa, y después le permitieron defenderse ante el consejo del gran *desterham*. Zadig habló en los términos siguientes:

—Estrellas de justicia, abismos de ciencia, espejos de la verdad, ¡oh, vosotros que tenéis el peso del plomo, la dureza del hierro, el fulgor del diamante y una gran similitud con el oro! Ya que me es permitido hablar ante tan ilustre asamblea, juro por Orosmade que jamás vi la respetable perra de la reina, ni el sagrado caballo del rey de los reyes. He aquí lo que aconteció. Paseaba por las cercanías del bosque donde me encontraron el eunuco y el montero mayor, cuando descubrí en la arena las huellas de un animal, siéndome sencillo deducir que eran las de un pequeño perro. Unos surcos leves y alargados marcados en los montículos de arena entre las huellas de las patas, me revelaron que se trataba de una perra cuyas mamas pendían, y que, por consiguiente, no hacía mucho que había tenido cría. Otros rastros en sentido diferente, que siempre se apreciaban en el suelo al lado del de las patas delanteras, denotaban que el animal tenía las orejas muy largas, y, como noté que el suelo estaba siempre menos hendido por una de las patas que por las otras tres, comprendí que la perra de nuestra augusta reina cojeaba un poco, dicho con todos los respetos.

»En cuanto al caballo del rey de los reyes, os aseguro que, paseando por los caminos del bosque, divisé marcas de herraduras, todas a igual distancia. “He aquí —pensé—, un caballo de galope perfecto”. El polvo de los troncos, en un estrecho camino de siete pies de anchura, había sido levemente sacudido a izquierda y derecha, a tres pies y medio del centro del sendero. “Este caballo —dije para mí— tiene una cola de tres pies y medio, la cual, al moverse de

un lado a otro, limpió así el polvo de los troncos”. Advertí debajo de los árboles, que formaban un dosel de cinco pies de altura, algunas hojas recién caídas y llegué a la conclusión de que el caballo le tocaba con la cabeza y que tenía, por tanto, cinco pies de altura. En cuanto al freno debe ser de oro de veintitrés quilates, pues el animal le refregó por la parte exterior contra cierta piedra que yo identifiqué como una piedra de toque. Y, por último, por las huellas que las herraduras dejaron en piedras de otra especie, descubrí que era plata de once denarios».

Todos los jueces quedaron pasmados ante el profundo y sutil razonamiento de Zadig, lo que en seguida llegó a oídos del rey y de la reina. Sólo se hablaba de Zadig en las antecámaras, en la cámara y en el gabinete, y aunque algunos magos opinaron que debían quemarlo como hechicero, el rey ordenó le fuesen restituidas las cuatrocientas onzas de oro con que le habían multado previamente. El escribano, los alguaciles, los procuradores, comparecieron ante Zadig con gran pompa, para entregarle las cuatrocientas onzas. Únicamente separaron de aquella suma trescientas noventa y ocho para pago de las costas del proceso. Y sus ayudantes reclamaron gratificación.

Zadig comprendió que a veces es peligroso ser demasiado sagaz, y se prometió que, en cualquier otra ocasión, nada diría de cuanto hubiera descubierto.

Esta oportunidad no se hizo esperar. Un prisionero de Estado, que había huido, pasó por debajo de las ventanas de su casa. Zadig, interrogado, calló, pero le probaron que estaba mirando por la ventana. Sólo por eso fue multado con quinientas onzas de oro, y aun tuvo que agradecer la indulgencia de los jueces, según la costumbre de Babilonia. «¡Cuán lamentable es, Dios mío —decía para sí—, ir a pasear a un bosque por donde han pasado la perra de la reina y el caballo del rey! ¡Qué peligroso acercarse a la ventana! ¡Y qué difícil ser feliz en la vida!»

D'ARTAGNAN DETECTIVE: EL DUELO

Alejandro Dumas

EL rey Luis XVI tomó a Saint-Aignan por el brazo y pasaron a la habitación contigua.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el monarca—. ¿Le ha sucedido algo a De Guiche?

—Sí, Sire, tiene una de las manos destrozada y una enorme herida en el pecho. En verdad, está a punto de morir.

—¡Cielos! ¿Quién ha dicho eso?

—Manicamp acaba de traerlo a casa de un médico, aquí en Fontainebleau, y la noticia se ha extendido rápidamente.

—¿Le trajeron? ¡Pobre De Guiche! ¿Cómo sucedió?

—¡Ah, Sire! Esa es la cuestión. ¿Cómo sucedió?

—Hablas de una forma singular, Saint-Aignan. Dame detalles. ¿Qué dice el herido?

—Nada, Sire. Pero otros han hecho comentarios y yo mismo he oído ciertas cosas acerca de un duelo entre dos caballeros.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo, por la tarde, antes de que a vuestra majestad le fuera servida la cena.

—¡No puede ser! ¡No es posible! Di órdenes tan terminantes sobre los duelos, que nadie, creo yo, se atrevería a desobedecerme.

—En ese caso, Dios me libre de disculpar a quien sea...
—exclamó Saint-Aignan—. Vuestra Majestad pidió que le hablase, y le he hablado.

—Dime, entonces, de qué forma ha sido herido el conde De Guiche.

—Sire, aseguran que fue durante la caza del jabalí.

—¿Esta tarde?

—Sí, Sire.

—¡Una de las manos destrozada y un agujero en el pecho! ¿Quién le acompañaba en esa cacería?

—No lo sé, Sire, pero el señor De Manicamp lo sabe, o debe saberlo.

—Me estás ocultando algo, Saint-Aignan.

—Nada, Sire, os lo aseguro.

—En ese caso, cuenta cómo ocurrió el accidente. ¿Le estalló un mosquete?

—Todo induce a creer que sí, Sire. No obstante, pensándolo mejor, difícilmente podría haber sido de ese modo, porque la pistola del conde De Guiche, encontrada en las cercanías de aquel lugar, estaba todavía cargada.

—¿Pistola? ¡Pero un hombre no caza jabalíes con pistola!

—Sire, dijeron también que el caballo de De Guiche fue muerto, y que el cuerpo del animal se encontraba aún en el claro.

—¿Caballo? ¿De Guiche fue a caballo a la cacería? Saint-Aignan, no entiendo nada de lo que me estás diciendo. ¿Dónde tuvo lugar el hecho?

—En un claro del bosque de Rochin.

—Muy bien. Llama a D'Artagnan.

De Saint-Aignan obedeció y poco después aparecía el capitán de los mosqueteros.

—Señor D'Artagnan —dijo el rey—, abandonaréis esta habitación y por la pequeña puerta que da acceso a mi escalera particular...

—Sí, Sire.

—... montaréis en vuestro caballo...

—Sí, Sire.

—... y seguiréis hacia Rond Point du Bois. Conocéis el lugar, ¿no?

—Sí, Sire. Ya me he batido allá dos veces.

—¿Cómo?! —exclamó el rey, sorprendido por la respuesta.

—Antes de los edictos del cardenal Richelieu, Sire —añadió D'Artagnan, con su impasibilidad acostumbrada.

—Eso es diferente. Iréis a examinar el lugar cuidadosamente. Un hombre fue herido allí y encontraréis un caballo muerto. Deberás darme tu opinión acerca de lo sucedido.

—Muy bien, Sire.

—Naturalmente, es vuestra opinión personal la que deseo, no la de otro cualquiera.

—Dispondréis de ella dentro de una hora, Sire.

—Señor D'Artagnan, os prohíbo hablar con nadie.

—Excepto con la persona que deberá darme una linterna —observó D'Artagnan.

—¡Por supuesto! —aceptó el rey, divertido por aquella libertad, que únicamente toleraba al capitán de sus mosqueteros.

D'Artagnan desapareció por la pequeña escalera.

Sin perder un segundo, corrió en dirección al establo. Recogió la linterna y ensilló, solo, su caballo. Continuó luego hacia el lugar indicado por Su Majestad. Recordando la promesa hecha, no abordó a nadie y, como hemos observado, llevó su celo hasta el punto de no pedir la menor ayuda a los caballerizos. D'Artagnan era de aquellos que en los momentos difíciles se enorgullecen haciendo resaltar su propio valor.

A galope tendido y en menos de cinco minutos llegó a la floresta. Ató el caballo al primer árbol que encontró al paso y, caminando, se adentró hasta el claro. Comenzó a inspeccionar el lugar, con la linterna, y examinó todo el terreno de Rond Point antes de seguir adelante y volver lue-

go, midiendo y escudriñando el camino. Transcurrida media hora de minuciosa inspección volvió silenciosamente al sitio donde había dejado el animal, y tomó en seguida el camino de Fontainebleau, con el caballo al paso y él sumido en profundas reflexiones.

Luis XVI le esperaba en su despacho. Estaba solo y, con un lápiz, escribía en un papel algunos renglones que D'Artagnan, a primera vista, encontró desiguales y de letra muy elegante. La conclusión a que llegó el mosquetero fue que se trataba de versos. Levantando la cabeza, el rey advirtió a D'Artagnan.

—Bien —dijo el monarca—, ¿me traéis alguna noticia?

—Si, Sire.

—¿Descubristeis algo?

—Es probable, Sire... —comenzó D'Artagnan.

—Os pido certezas.

—He procurado acercarme a ellas lo más posible. La situación atmosférica me ayudó en las investigaciones que acabo de llevar a cabo, Sire. Estuvo lloviendo por la tarde y el camino se mostraba húmedo y embarrado...

—¿Y el resultado? Quiero el resultado, señor D'Artagnan.

—Sire, Vuestra Majestad me contó que había un caballo muerto en el cruce del bosque Rochin, y por eso comencé por examinar los senderos, ya que el centro de la encrucijada está formado por cuatro caminos diferentes. El que yo tomé era el único que presentaba huellas frescas. Dos caballos habían seguido por él, juntos, y las ocho patas estaban claras en el fango. Uno de los jinetes se mostraba más impaciente que el otro, pues las huellas de uno de los animales se adelantaban invariablemente a las del otro cerca de medio cuerpo.

—¿Estás seguro de que cabalgaban juntos? —preguntó el rey.

—Completamente seguro, Sire. Los caballos eran grandes y de paso parigual. Seguramente de los empleados en maniobras militares de cualquier clase. Juntos cabalgaron alrededor de la valla de Rond Point.

—Bueno... ¿y después?

—Una vez allí, los dos jinetes se detuvieron algunos instantes, sin duda para acordar las condiciones del duelo. Los caballos continuaron inquietos e impacientes. Uno de los caballistas hablaba y el otro escuchaba, pareciendo contentarse con responder. Su cabalgadura piafaba con la pata delantera, y lo que prueba que su dueño estaba por completo pendiente de lo que oía fue que dejó caer las riendas de las manos.

—¿Quieres decir que tuvo lugar un encuentro poco amistoso?

—Sin duda alguna.

—Continuad. Sois un excelente observador.

—Uno de los jinetes permaneció donde estaba. Precisamente el que se había limitado a escuchar. El otro atravesó el claro y se colocó frente a su adversario. El que había quedado detenido avanzó, entonces, cerca de dos tercios de Rond Point al galope, pensando que, de esa manera, podría vencer a su adversario. Pero éste había rodeado la orilla del bosque.

—Ignoráis sus nombres, supongo.

—Por completo, Sire. Sólo puedo afirmar que el jinete que rodeó la orilla del bosque montaba un caballo negro.

—¿Cómo lo sabéis?

—Encontré algunos pelos de la cola del animal entre los espinos que rodeaban la valla.

—Proseguid.

—En cuanto al otro caballo, no hay dificultad en describirlo, puesto que quedó muerto en el campo de batalla.

—¿Qué le causó la muerte?

—La bala que le atravesó el cerebro.

—¿De pistola o de mosquete?

—De pistola, Sire. Además, la forma en que el caballo resultó herido me hizo percibir la táctica empleada por el que lo mató. Bordeó el bosquecillo para sorprender a su enemigo de flanco. Esto aparte, seguí las huellas en el césped.

—¿Las huellas del caballo negro, queréis decir?

—Sí, Sire.

—Continuad, señor D'Artagnan.

—Como Vuestra Majestad conoce ya perfectamente la posición de ambos contrincantes, dejaré por el momento el jinete parado y seguiré al que partió al galope.

—Hágalo.

—El jinete del caballo que cabalgaba más de prisa, fue muerto allí mismo.

—¿Cómo lo sabéis?

—El caballista no tuvo tiempo siquiera de agujonear el caballo, y, por tanto, cayó con él. Vi la señal de su pierna, la cual consiguió sacar de debajo del animal con gran esfuerzo. La espuela, hundida por el peso de la bestia, dejó profundos surcos en la tierra.

—Muy bien. ¿Y qué hizo él cuando se levantó?

—Anduvo en línea recta al encuentro de su adversario.

—Que permanecía en la orilla del bosque, ¿no es eso?

—Sí, Sire. Entonces, habiendo llegado a una distancia favorable, se detuvo firmemente. Las huellas de los tacones de las botas estaban marcadas en el suelo, una bien cerca de la otra. Disparó y no logró hacer blanco.

—¿Cómo podéis afirmarlo?

—Encontré un sombrero agujereado por el proyectil.

—¡Ah, una prueba, entonces! —exclamó el monarca.

—Prueba insuficiente, Sire —replicó D'Artagnan con serenidad—. Es un sombrero sin nada que indique quién es su dueño. Carece de escudo y sólo tiene una pluma roja, idéntica a la de todos los sombreros, y una cinta sin ninguna particularidad.

—El hombre cuyo sombrero fue alcanzado por la bala, ¿disparó a su vez?

—¡Oh, Sire! ¡Él ya había disparado dos veces!

—¿Estáis seguro?

—Encontré las mechas de la pistola.

—¿Y qué se hizo de la bala que no mató al caballo?

—Cortó en dos la pluma del sombrero que pertenecía a aquel contra el cual fue dirigida y quebró una pequeña parral del otro lado del claro.

—En ese caso, ¿el hombre del caballo negro estaba desarmado, mientras que su enemigo todavía disponía de otro tiro?

—Sire, mientras el jinete desmontado luchaba por liberar la pierna, el otro nuevamente recargó la pistola. Sólo que, como estaba muy nervioso, la mano le temblaba demasiado.

—¿Cómo conocéis ese detalle?

—La mitad de la carga cayó a tierra, y él mismo se vio obligado a arrojar la baqueta a un lado, pues no tuvo tiempo de colocarla en la pistola.

—Señor D'Artagnan, lo que me contáis es sencillamente maravilloso.

—Sólo el producto de una detenida observación, Sire. El más vulgar de los salteadores de caminos podría explicar otro tanto.

—Veo perfectamente la escena por la manera en que vos la habéis descrito.

—En verdad, Sire, la reconstruí a mi modo, con pequeñas alteraciones simplemente.

—Y ahora —dijo el rey—, volvamos al jinete desmontado. Decís que él se encaminó hacia su enemigo mientras éste recargaba su arma.

—Así es, pero en el momento justo en que hacía puntería, el otro disparó.

—¡Oh! —exclamó el monarca—. ¿Y el tiro?